

Una gaviota perdida
trae en el pico un secreto.

Gaviota de bruma,
pico de viento.

Sa va por el mar
a tu puerto.

Barco de viento te traiga
entre mástiles y espejos.

Nave de espuma me lleve
a muelle, lejos.

Mar de sombra,
puerto de silencio.

Un pez absorto, rendido,
agoniza por sus ojos,
mar y caracol adentro,
donde tu barco y mi barco
van como delfines ciegos.

Mar tú de sombra y de viento,
y puerto de mi silencio.

Hállalo dentro del trigo,
en la voz y entre tus palmas.
Allí está, invisible y cierto,
el alto navío del agua.
¿Qué sería del claro trino
del petirrojo en las ramas,
y el murmullo de los ríos
y el alma de la montaña?
¿Dónde el limpio sufrimiento
del verano entre las plantas?
¿Por qué tú, por qué la angustia
de hallar tu sombría cauda
en la raíz de las tardes
y el eco de las palabras,
si no existiera el milagro
de los mástiles del agua?
Desde ellos yo te presiento
agua ya, y el mundo de agua.

Viento mío de diciembre,
qué pulpa dulce vienes
en mitad de la lengua,
qué arrullo para el pájaro
en el río del tiempo.
Plinto para la vida,
corazón de la sangre,
regresas siempre al hombre
amargurado y solo,
manso, esencial, tranquilo.
Con esa mansedumbre
de las tardes eternas,
y con sabor tan simple
como el mar o la nube
o la muerte de un roble.
Viento de pandeetas,
primaveral, alegre,
que me nutres de savias
soterrañas e inquietas.
Qué sencillez, qué gozo,
qué niños sonrosados
juegan cuando tú llegas,
viento juglar, travieso,
viento azul de diciembre.

Es ya la hora del agua.
En su semilla de peces
está la vid de tus ansias,
pródiga, sencilla y recta
como la mirada tuya
antes de ser tu mirada.
Ven a recoger el vino
transparente, desde el agua.
Sombra y luz, voz y silencio,

estar en todo y en nada,
horizonte de la piedra,
clara lumbre en la esperanza.
Entonces, sí, por tu sangre,
qué rutas inexploradas,
Dios, qué evasión por el aire.
En el minuto del agua.

Te buscaré dentro del agua.
Desde el amanecer sin sombras de su cauce
el ansiado prodigio de tu voz sólo espera
que tú encuentres tu imagen renacida, en su espuma.
Bajo la húmeda piedra, en alga y savia,
en fugitivo musgo del silencio,
sombria, inexplorada de la vida
y de la muerte aun desconocida huella,
tú estás, involuntaria gota del rocío.
Si aún no has descubierto
el raudo norte de la estrella entre la noche,
tú tienes en el agua
tu morada tranquila y el ignorado mundo.
Estás en ella, diáfana y permanente
sonoridad del grito y la esperanza,
cristalino torrente y submarina
alga del inmutable sueño.

Está en mis manos, sola, la amargura del viento.
Pero en aquellos días que hoy están sumergidos
en inestables planos de hojas secas que vuelan
versátiles e inquietas entre pájaro y sombras,
tú, conmigo, en el parque, bajo los nisperales,
me leías la límpida página de tus ojos
y estabas transparente, como de lino blando,
y familiar me eras como el calor de un nido.
Entonces, mansamente, qué buen amigo el viento.
Los pájaros y el sueño, juguetones, dardeaban
el blanco añejo y bueno de los árboles, limbos
donde un silencio claro se posaba infinito
como la soledad del aire y de los ríos.
El sol, en goterones de luz que se filtraba
a través de las frondas, te bruñía la frente
y tú, ya no de cuerpo sino de lienzo y nube,
sonreías ansiosa bajo los nisperales.
Hoy, un duro sabor de perdido infinito
anida como pájaro de sombras en mi lengua,
porque, si hasta mis manos regresa solo el viento,
así, desnudo y huérfano, lloroso de recuerdos,
¿qué te me hiciste, di, qué te me hiciste,
que sólo está esta fría amargura del viento?

Incólume, en mí nacida.
Así eres tú si te miro
dentro de una gota de agua.
Entonces, ya sólo río,
timonel para el ensueño
e inspiradora del lirio,
te encuentro, y voy hacia ti
como el silencio al oído.

Aunque no estoy, mi viento, donde tengo
la palabra hecha grito, en grito ando.
A tu raíz, mi espíritu palpando
la sombra de tu origen, siempre vengo,
y a tu vedado corazón me atengo,
porque tu corazón me está esperando.

Hoy hemos ido a visitar sus rutas mensajeras.
Cuando dejo correr sus blancas vides por mis manos,
siento que va en su fuga de guijarros y ensueños
tu cálida y remota sonoridad de vuelo claro por el agua.

A ti, que no lo sabes porque duermes hundida,
horizontal, en esa verde esfera sin palabras
donde habitan tus tierras de promesa y campanas;
a mí, forjado en la vigilia de saber esperarte
con mi palma extendida hacia el brumoso viento
de tus anchos caminos vegetales,
dentro de la ignorada aún, viviente planta que tú eres;
todo, dentro de agua, cristalina sabiduría del agua,
nos hace siempre, ingenuamente,
la pregunta amarga y poderosa:
¿Dónde, en qué raíces del silencio,
está la copa que llena tu palabra?

Por eso a veces vamos a visitar las esperadas rutas,
en el agua.